

# INTERPRETACIÓN DE LA FILOSOFÍA DE HUMBERTO GIANNINI SEGÚN LA PERSPECTIVA DE LA ESTÉTICA DE LA FORTALEZA

CARLOS A. MORENO MELO

carlosamoreno115@gmail.com

## RESUMEN

Humberto Giannini propone una forma de vivir que quebrante los itinerarios de una vida anodina y rutinaria. Además, las investigaciones sobre filosofía del arte en Colombia plantean una propuesta denominada «Estética de la Fortaleza», interpretada como la capacidad de sentir bríos en la cotidiana aventura de enfrentarse al mundo, con entera bizarría, para afrontar victoriosamente cualquier ardua experiencia y poder festejar así, con impetuosa exaltación, el arte de vivir al máximo. Este texto expone cómo el pensamiento de Giannini puede ser comprendido según esta Estética que, en palabras del filósofo chileno, es «la cualidad que hace [al ser humano] resplandecer».

**PALABRAS CLAVE:** Vida, novedad, Estética de la Fortaleza, cotidianidad, encuentro, rutina.

*Silencio solemne, porque siempre se aguarda algo grande,*

*algo nuevo, algo nunca visto,*

*el fenómeno insospechado, acaso el monstruo,*

*el niño que va a salir del vientre de la madre*

VICENTE HUIDOBRO

*Hasta hace poco nos miraba desde fuera,*

*estaba disuelto en el paisaje*

MIGUEL SERRANO

Este canto es para quienes todas las cosas de la vida, al unísono, representan en su corazón una ausencia y un universo, una discordancia y una armonía, una muerte y un nacimiento, una especie de ir y volver, de despedirse y saludar; es para quienes poseen esa extraña forma de representarse el mundo como algo imperioso y sutil al mismo tiempo; obviamente es para quien domina en él mismo la capacidad de ser el equilibrio de peripecias casi contradictorias que se extienden ante su conciencia. Es decir, mientras del norte y del sur de su realidad emanan entornos como encolerizados entre sí por ser tan disímiles, esta clase de hombre o mujer puede permanecer fiel a su propio estado y conservar así su propio bien, a pesar de las vehementes circunstancias que lo afectan. Esto no significa que sea un ser humano inmutable respecto de las situaciones de la vida, por el contrario, es plétórico de sensibilidad pues siente, como el tiempo, que reaparece en cada paso que da. Pero estos entornos coléricos, provenientes de allí y de allá, no tienen tanto poder sobre él como para arrebatarse la *fortaleza* que siempre es creencia en sí mismo: columna vertebral y sol naciente de su más alto relieve. Precisamente esta fortaleza es la que hace posible que les dé a sus representaciones una expresión en la cual él mismo se transfigura serenamente, tornándose el centro de todo lo que le pasa. ¿El centro? Sí, y en realidad se trata de la belleza de ser libre que de principio a fin hace que la vida comience a cada instante no a pesar de los obstáculos, sino aprobando las duras restricciones que el sendero de la existencia depara.

Acoger la vida con sus alegrías y sus penas, y al arte con su vejez y novedad, esto es, recibir con un sentimiento especial las manifestaciones que se oponen de manera recíproca, de tal manera que no se invalide ninguna sino que sean accesibles al acto de existir y, además, resulten una ventaja para su ánimo, puede ser entendido, según Chesterton, como una «combinación artística» (Chesterton 1946, p. 157). Así, la conformidad de sensaciones diferentes que se mezclan buenamente en el mismo individuo, tales como espantarse por las humildes yerbas del suelo y desafiar las poderosas estrellas del cielo, es el equilibrio exacto de quien puede ver la vida en su proporción justa y no en la propensión a alguna parte pequeña de la misma, pero: ¿cuál es la razón de tal equilibrio exacto? Chesterton comprendió que una carencia de fuerza es la que lleva al hombre a cualquier lugar donde no tenga que dar de sí toda su cuantía, en cambio, la completitud de su fuerza personal exige de él llegar al espacio (suponiendo que lo hay) en donde tenga que brindar la más exacta suma de sus capacidades que lo distinguen de los demás. Así pues, la ocasión vital de esta combinación artística o de este equilibrio preciso tiene su posibilidad en la manera preeminente de vivir, en el deseo de sentir enteramente estar con vida. Esta manera de vivir surge cuando, conectado con todas las dimensiones que le corresponden, el hombre tiene necesidad airosa de dar de sí todo lo que esté a su alcance.

Ahora bien, el viaje infinito de quien busca conocer la intimidad de su propia filosofía es muy similar a ese terremoto con que una fuerza primordial de la vida, dice Nietzsche (1959), se manifiesta al fin. Este viaje que une las más extrañas bahías del pensamiento por medio de un lazo espiritual capaz de tejer las más difíciles telas de la tradición y de la vida personal, ha conducido al autor de este escrito a formular el nombre de una filosofía que promete el abandono sereno a todo lo que avive de verdad la fuerza

interior. Esta filosofía, capaz de comprender la mencionada combinación artística como la decidida intervención del ser humano en los efectos que dimanar de la vida diaria, será la perspectiva desde la cual se interpretará la reflexión sobre la cotidianidad de Humberto Giannini. Así, el pensamiento filosófico que busca comprender el impulso sagrado y esplendoroso de vivir ha sido denominado, sobre la base de la filosofía del arte, la Estética de la Fortaleza.

Para el desarrollo de la presente interpretación se pondrá la mirada principalmente en *La reflexión cotidiana* de Humberto Giannini. Este pensador se propone explorar la experiencia humana en el ámbito de la cotidianidad. Su atención está dirigida a todo aquello que no perciben los ojos de un observador corriente. Es más, su búsqueda, la de Giannini, propende a lo invisible para las conciencias que denomina acostumbradas. Existe, entonces, en su propuesta una intención de hacer universal su reflexión, pues aunque no se arriesga a las fauces más peligrosas de la humanidad, sí pretende evocar y comprender una experiencia que sobrepase la particularidad de un ser humano afirmando así que su deseo es llegar al subsuelo de las experiencias mismas (arqueología). Su propósito es conocer lo que hay de común en los individuos cuando viven solos o en compañía de otros. Dicha experiencia se realiza en la vida cotidiana, «vida que desde la insignificante apariencia de su superficie ha de abrir el acceso [...] a una reflexión sobre aspectos esenciales de la existencia humana» (Giannini 2004, p. 26).

Para Giannini hay un plano intrascendente e insignificante en la secuencia de los acontecimientos que los seres humanos experimentan en su vida diaria. Existen hombres que les dan tan poco valor a sus vidas que no son capaces de distinguir un suceso de otro y no los diferencian porque ninguno ha recibido un significado particular ni una

interpretación artística. ¿Interpretación artística? Sí. Estos hombres carecen de una actitud indómita y un anhelo redentor para todo lo bueno y lo malo que se aviene a sus vidas. Privación de una actitud indómita porque no son capaces de encender la luz del mañana con su propia voluntad y, además, viven con la penuria de un anhelo redentor puesto que no están preparados para liberarse de forma contundente de una adversidad o molestia. Y en realidad, transcurren sus días en medio de una rutina sin esperanza de cambio, en una mera práctica sin entusiasmo, en un trivial conocimiento sin lo maravilloso de la reflexión. Pero, pregunta el pensador chileno, ¿cómo puede percibir la filosofía la experiencia de la carencia de novedad presentada en la cotidianidad y entendida como ese aparecer y desaparecer continuo de los hechos?

Formular esta pregunta significa para Giannini la urgencia de pensar igualmente en una «restauración real» de las experiencias continuas y repetitivas que cansan al hombre de sí mismo. De este modo, pensado en la imagen de don Quijote, el Caballero de los Leones, hace visible «una existencia tal, que deba rehacer cada mañana contornos y horizontes» (Giannini, 2004, p. 31). ¿Qué quiere decir este escritor chileno con el deber de *rehacer cada mañana* ininterrumpidamente contornos y horizontes? En verdad, esta expresión, más que buscar la reparación de lo deteriorado en el tiempo antepuesto, tiende a apropiarse de un deseo imperioso de renovar en el hombre su capacidad de salir del domicilio, el cual se manifiesta en un estado de facilidad, naturalidad y desenvoltura con el mundo habitual en el que programa sus quehaceres. Así sucede en don Quijote, donde el restaurar la realidad rutinaria necesita de anhelar con vehemencia el hecho de salir de casa con el propósito de elegir vivir lo aún no conocido.

Restaurar lo real depende de la voluntad de atreverse tanto a salir del nido como a dar los primeros aleteos para aprender a volar. Para Humberto Giannini este atrevimiento constituye una responsabilidad en cada ser humano en relación con su historia, pues el intento arriesgado de acometer una escapatoria respecto del arraigo a lo que vuelve y sucede regularmente, permite la aparición de una especie de furor desconocido que alienta el destino de los hombres. Furor que realza el aliento de su propia inspiración para «construir su mundo, levantarlo, tejerlo, atisbar sus horizontes y crear, dentro de ellos, los surcos circulares de su biografía cotidiana» (Giannini, 2004, p. 32). Así pues, apartarse del domicilio –estado donde el alma siente imposiciones difíciles de soportar en cuanto no se tienen en cuenta sus deseos de levar anclas para seguir hacia el mañana– es la ocasión vital para sentir la intimidad del amor y para superar los límites que dejan constancia de lo que ya fuimos capaces o no. Sin embargo, tras la partida del lecho ¿qué es propiamente lo que se aproxima ante la mirada?

La respuesta que da Giannini consiste en que se aventura más allá del conjunto de rasgos que caracterizan el modo habitual de vivir. Pero no hay que suponer que estar en casa significa estar encerrado o privado de libertad; en realidad, el *domicilio* también significa cumplir con el acto más simple y real que puede hacer el hombre: regresar a sí mismo luego de la dispersión causada por las superficies externas que circundan los sentidos. La manera de aproximarse al sí mismo es, de alguna manera, retornar a lo más propio, a ese hogar espiritual en que se asegura una cierta subjetividad que aprueba el lugar personal que se ocupa en el mundo. Esta ventaja de estar en casa es menester para iniciar la renuncia con respecto a las cosas seguras de su posesión, pues ir hacia el mundo depende de qué tan cierta es nuestra disponibilidad interior para dejar atrás la propia historia narrada

hasta ahora. De esta forma, solamente partiendo de un estado de sosiego consigo mismo, se puede luchar en contra de las identidades y las reglas establecidas que exige el domicilio. En suma, si bien se debe salir del armazón que cubre nuestro horizonte a fin de romper el cómputo que hace de la vida una mera rutina, también es verdad que la estabilidad de este mismo dominio del que disponemos en el hogar permite ser el comienzo de lo que será el extraordinario pánico de no saber qué pasará después.

«La permanente tentación de romper con las normas, con los itinerarios de una vida programada, [esto es, la] permanente posibilidad de encontrarse uno en un *status deviationis*» (Giannini, 2004, p. 39) es denominada por Giannini como la capacidad de esparcir toda nuestra emoción por la *calle* que transitamos. La libre circulación callejera, como también la llama, suscita en el hombre una liberación grande de la responsabilidad y del cuidado de sí, determinantes en el domicilio y también en otra actividad de fija permanencia. Así, conducirse de otro modo y hacerlo por campos ignorados, hasta el punto de sentir que se recorre un camino arbitrario en el que no se conocen sus direcciones ni sus restricciones, es para el pensador chileno hallar una *humanidad imprevisible*. ¿Imprevisible, imposible de ver con anticipación? Se trata de que el hombre, en toda su profundidad, se deje llevar por el encanto de las cosas, se sorprenda por un caminar sin rumbo, sin puntos por alcanzar ni tiempos de llegada; que esté abierto a los azares del encuentro que la calle pone a su disposición (Giannini, 2004, p. 40). Es una forma de ponerse de manifiesto ante los otros y ante sí mismo, que trasciende tanto la vida domiciliaria como cualquier trabajo repetitivo, puesto que en esta surge la posibilidad de un encuentro o desencuentro, o bien de ambas posibilidades a la vez.

*Abierto a lo que puede pasar* es el emblema de la reflexión cotidiana de Humberto Giannini, emblema este que bien puede discernirse en las palabras de San Pablo (*ita et nos in novitate vitae ambulemus*) así también nosotros andemos en vida nueva (Rom, 6:4). En realidad, este emblema dista muchísimo de la trivial sensación de que no pasa nada cuando experimentamos estar vivos. Esta sensación recibe el nombre de rutina y es la negación de todo tipo de efusión anímica. La rutina se ensancha en normas y proscipciones que hacen que se ande diariamente por la misma ruta. La razón de que no pase nada como si una lejana predisposición obligara bruscamente al hombre a repetir sus experiencias es debida a un «entramado de normas, externas e interiorizadas, visibles o invisibles, que aseguran la llegada normal y regular a nuestro destino» (Giannini, 2004, p. 42). En efecto, la curiosidad de explorar la vida diaria como si fuera el océano mismo, el deseo inocente de conseguir preocupar a los otros por la liviandad con que se toma el tiempo y el placer del ánimo por no aceptar lo que se dice hasta no verlo con los propios ojos, se reduce meramente a aceptar una realidad normativa que direcciona todas las posibilidades de la existencia.

Instalarse en el domicilio o en cualquier otro estado que no guste de recibir alguna sorpresa o alguna pieza imprevisible en cuanto a la estructura resabida de la vida, es prohibirse el temor y el peligro inminentes que pertenecen al futuro incierto que tendrá que venir. El tiempo de la rutina se vuelve idéntico cada vez, pero no se experimenta en él la satisfacción de una infinitud vívida a causa del orgullo de encarar la tarea de vivir intensamente; sino que esta manera de sentir el tiempo es perfectamente semejante a una «caricatura de la eternidad» en tanto que

nivela todas sus dimensiones y simplemente 'es' lo que viene de ser (donde pasar y pasado se confunden), y espera ser lo que proyecta en un futuro sin distancia; como decíamos: en un

tiempo continuo, pegado a la actualidad y movido por la norma. Tiempo quieto intrascendente (Giannini, 2004, 42).

Así mismo, la forma como los hombres suspendidos en la rutina miran hacia el futuro no se basa en un encubrir la vista hacia este, sino que existe una espera detenida infinitamente, en donde aparece un abismo insalvable entre quien espera del porvenir y aquello mismo que es esperado. Este tipo de ser humano no tiene la intención anímica de ir al hallazgo de sus sueños. Sus sueños, por tanto, son inofensivos e inocuos, pues más que pretextos que empujen a andar sobre el camino, terminan siendo metas pendientes y postergadas, afirma Giannini, para «algún día». En una palabra, este tipo de tiempo se fundamenta en un imperecedero esperar, y los proyectos que en él se planean son todos «parasitarios de un presente continuo del que no se sale jamás» (Giannini, 2004, p. 43).

Ahora bien, Giannini propone el concepto de «seducción transgresora» para plantear una forma de belleza en la que el tiempo de los hombres cobra una nueva figura menos atribulada que la descrita en el fenómeno de la espera. En este sentido, la seducción transgresora recrea la experiencia del ser humano cuando se abren para él todas sus posibilidades, incluso, hasta sentirse vulnerable ante cualquier suceso que no estuviera en mente antes de que se hiciera realidad. Así mismo, dicha seducción restauradora conduce al hombre a abandonar por completo su domicilio en virtud de poner su mirada «ante lo desconocido, ante lo extraordinario, lo digno de ser narrado: lo narrable... y dejar[s]e seducir por ello; seguirlo» (Giannini, 2004, p. 44). Por tanto, el mecanismo de rutina se trasgrede por medio de un encuentro con lo inédito donde cada ser humano puede reanudar sus experiencias. De este modo, la comprensión del tiempo cambia pues con la seducción

trasgresora Giannini postula una especie de *rescate* temporal que potencia lo que vuelve a presentarse.

El tiempo ya no es un instrumento, sino que acontece como un modo restaurador de los momentos en los que se podía perder el ser humano en la rutina. Dicho tiempo posee una fuerza que restaura ya que logra superar el sepulcro que se forma en vida cuando el hombre no asume de modo personal sus propias experiencias, sino que se muestra indiferente ante ellas como si se tratara de recuerdos vacíos. Por ende, la seducción trasgresora rompe todo tipo de tiempo lineal mediante una pausa vital, un descanso magnificante, una distancia benefactora que hacen olvidar lo sucedido e inclusive ponen en un nuevo comienzo la posibilidad de tener una experiencia. Más que una experiencia que desvíe el rumbo ordinario de la vida y que permita dejar el confort que previamente no dejaba avanzar, en este abrirse y estar listo para nuevas posibilidades, lo que emerge es «el encuentro con el prójimo en su gratuidad y desamparo». Es decir, la salida del domicilio también implica un goce extraordinario que se refleja en el encuentro verdadero en el que se da la coincidencia dichosa de intercambiar un saludo y una conversación que generará el efecto de una experiencia nueva, en palabras del pensador chileno, una experiencia como pura novedad de ser.

Cuando dos o más personas concurren simultáneamente en un mismo lugar, y además están dispuestas a dejarse afectar por verse en ese momento, «se quiebra el círculo de hierro de lo idéntico, que explica lo mismo por lo mismo; y se quiebra también la rutina que solo sabe seguir adelante por un mismo camino, que no lleva a ninguna parte» (Giannini, 2004, p. 88). En este encuentro, denominado común, los seres humanos pierden el interés de pedir del otro algún provecho, pues la disposición al verlo consiste en dar de sí

libremente para que, sin condición alguna, este momento tenga una duración prolongada. Así, un encuentro común no tiene en cuenta cuándo empieza o termina, sino que se desarrolla a la deriva con serenidad y alegría; en resumen, los protagonistas del encuentro, «sin cartas marinas ni principios de navegación, se dejan conducir a cualquier parte, [o bien] [...] entran en un círculo mágico y salen de él, sin orden de mociones ni exigencias de índole alguna» (Giannini, 2004, p.91).

De esta manera, Humberto Giannini considera que la rutina, caracterizada por el desgano y la pereza al hacer las cosas meramente por hacerlas, genera un aburrimiento oceánico en quienes se hallan forzados a continuar en una actividad de la que no participa su propia decisión y movimiento, sino que toda su iniciativa y creatividad parecen siempre estar de más. Sin embargo, el maravilloso despertar al mundo que significa *estar delante de nosotros en vistas de nosotros mismos* es la forma en que irrumpe la filosofía de la cotidianidad que consigue «despejar lo que nos tiene habitualmente ocupados, quedar disponibles para aquello que se presenta» (Giannini, 2004, p. 119). Esta experiencia cotidiana fue llamada por el pensador chileno como «previvir la eternidad», la cual representa la imposibilidad de contener la fuerza que vence de cierta manera lo precario de la rutina, e inaugura la plenitud de lo cotidiano mediante la liberación de lo que ocupa y la disponibilidad por acoger lo extraño y lo imprevisible.

Así pues, retomando la línea de interpretación propuesta en este escrito, la Estética de la Fortaleza se presenta en la filosofía de Humberto Giannini como esa disponibilidad del hombre para tener verdadera presencia en la sucesión de los acontecimientos que regulan la relación que mantiene con las cosas. Esta estética se ve en la valentía y en la libertad de ir al encuentro con la realidad, de tornar fuertes las experiencias, de sentir una

búsqueda llena de esperanza cada vez que algo sucede, o en palabras de Giannini (2004), en «la libertad [...] gratuita y permanente disponibilidad de Sí mismo» (p. 145). La disponibilidad de sí es la fuerza impulsora que aviva y acalora el espíritu para hacer posible un encuentro nuevo a través de cada una de las experiencias que se avienen. Esta disponibilidad personal (que es también la fortaleza bella que nos lleva a arriesgar nuestra vida a cada instante para obtener el futuro que queremos) forma suave y a su vez desapacible la fuerza arrebolada e interna del «laceador libre que cumple todos los enlaces de su ser» (Giannini, 2004, p. 147).

Al vivirse la cotidianidad en virtud de la profunda trasgresión de la ruta vacua de los días, surge un sentimiento de belleza en cada segundo que pasa, pues el hombre se siente seducido a experimentar la realidad que se acerca constantemente. Precisamente esta seducción, esta forma última de sentir la efusión en el camino de la vida, es la Estética de la Fortaleza que le brinda al transcurso del día un color rojizo a causa de la estrella luminosa que aspira a ser cada hombre en el encuentro común que plantea Giannini. ¿Estrella luminosa? Sí. Aquella luz que pone luciente cada uno de los acontecimientos que pasan, sean producidos por la liberación del orden domiciliario (trasgresión suprema) o bien causados por la convicción de que cada momento que empieza no viene con el límite de lo hasta ahora vivido, sino con la suerte del porvenir que no deja reclamar absolutamente nada, pues únicamente comparece para que en el encuentro con el hombre le otorgue un poco más de vida.

Así, Humberto Giannini llama a este encuentro con el desconocimiento del tiempo y también del espacio «la imprevisible danza de los acontecimientos» (Giannini, 2004, p. 172). Cabe decir, que no se trata de la falta de preparación para futuras contingencias, sino

de dejar con libertad que cada mañana renueve el espíritu humano. La Estética de la Fortaleza se palpa en la existencia cuando las experiencias de los hombres fluyen resplandecientes, dulces y embriagadoras de la manera como lo hace la alborada cuando despierta a todos los seres vivos y, especialmente, aquellos que como los girasoles se entregan con todo su valor y sentido de la aventura a sentir la más bella y deseable experiencia en el momento en que su vida se irradia por la abundante luz del sol.

Finalmente, la reflexión sobre la cotidianidad de Giannini (2004) hace posible comprender y consolidar un poco más esta filosofía denominada Estética de la Fortaleza en cuanto que, en la primera, se pretende crear un *instante sagrado* en el que la vida se guste, se pruebe y se recompense a sí misma con cada experiencia (p. 209), y en la segunda, tiene el ánimo de afirmar que las experiencias, tanto las espontáneas como las preparadas, son vividas según un gusto jerárquico que se presenta en el «encuentro» que se dé. ¿Según un gusto? Sí, debe ser un gusto cultivado y selectivo que espera ser el gran oponente de la ancha sociedad que carece de espiritualidad y fuerza para atisbar las formas excelsas y alegres que se presentan. Ahora, tanto en una como en la otra teoría, no se visualizan seres fáciles para acceder al entusiasmo como los de temperamento sanguíneo que interpreta Kant (2008) en contraposición a los pesimistas; sino que, y en realidad, son seres humanos que prueban con hechos que su fortaleza no cede ante las complacencias del día, pero tampoco pierden la capacidad de disfrutar de ellas en otros momentos (combinación artística). La Estética de la Fortaleza encuentra en el pensamiento de Giannini la decisión de resolverse a tomar el riesgo de romper con gozo las cadenas del domicilio, con faz ligera, saludando a la aurora del nuevo día, como si se tratara de un encuentro de dos

alboradas. Esta fuerza estética (belleza viviente) es el arte de labrar la vida en la cotidianidad.

## BIBLIOGRAFÍA

Chesterton, G. K. (1946). *Ortodoxia*. Buenos Aires: Colección Austral.

Giannini, Humberto. (1987). *La "reflexión" cotidiana*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

Giannini, Humberto. (2008). *Del perdón que se pide y del perdón que se da*. En: Atenea Concepción (N° 497).

Giannini, Humberto. (2008). *El lugar propio de la utopía*. En: Atenea Concepción (N° 491).

Kant, I. (2008). *Observaciones acerca del sentimiento de lo bello y lo sublime*. Madrid: Alianza.

Nietzsche, F. (1959). *Arte y artistas*. Buenos Aires: Aguilar.